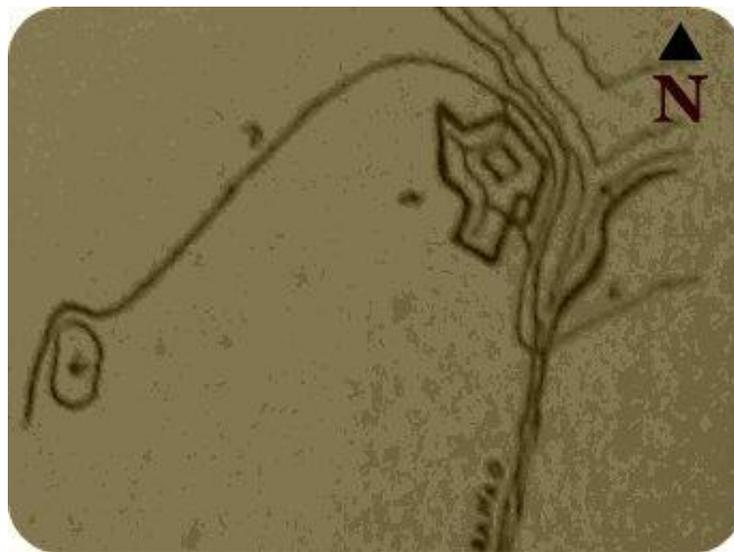


tienda de Brizuela, la historia de la hija del cacique de Tarará, que nos sirvió después para escribir una tradición cubana que ha sido objeto de atención por parte de algunos amantes de nuestras cosas viejas.

Su indicación era algo que deseábamos, y aceptamos su invitación para ir a visitar aquellos lugares, encaminándonos a ellos de medio día abajo. Lo primero que había que visitar era el castillote o fuerte situado a la margen del río, precisamente en la desembocadura en el mar y que en aquellos tiempos se conservaba todavía en pie, mostrando sus cuatro bastiones irregulares, estratégicamente colocados para la defensa. Por su interior se contorsionaba un trillo hecho por los muchachos y por las mujeres del escaso vecindario y que era una continuación del que viniendo por la costa del lado opuesto del río, iba a terminar en el camino real que va para Guanabacoa, pasando por uno de los lados de la cueva. Nada de particular hallamos en el recinto, aparte de los restos de techos caídos y de paredes en ruinas, y alguna bala de hierro redonda, de las que usaban en los cañones de aquella época.



Boca de Guanabo. Castillo y Cueva del Fantasma.

- a) Fuerte español en ruinas. b) Camino que viene de Guanabo por la costa, y sigue por el lado de la curva.
c) Entrada de la *Cueva del Fantasma*.

A poco de andar estábamos en la loma, en cuya parte superior y a un lado del estrecho camino que la coronaba, se podía ver una abertura irregular parecida a un hundimiento del terreno, que era el acceso a la cueva. Peña nos refirió por el camino que

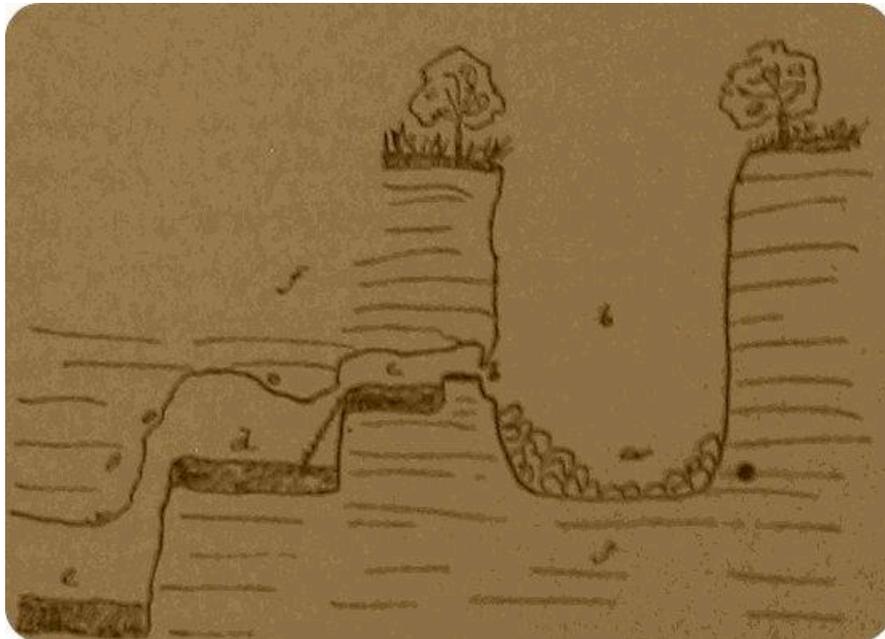
a la media noche, en las ocasiones en que la luna está en su lleno, se ve al pie de un gigantesco árbol, sentado sobre un rollo de jarcias a un marinero viejo y andrajoso, fumando tranquilamente su pipa; y que al acercarse el viajero, se levanta, recoge las cuerdas y cargado con ellas se va alejando hasta desaparecer en la cueva. Atribuía este fenómeno a que allí hubiera sepultado su tesoro alguno de los innumerables piratas que infestaban la costa en siglos anteriores, y al deseo del muerto de hallar algún vivo a quien dejar disfrutar de su tesoro. Un compañero que se nos había agregado para esta excursión, Marcelino Martínez, temblaba como un azogado al escuchar el relato y hasta se resistía a acompañarnos y servir de práctico en el interior del recinto. Le convencimos con una apelación a su condición de hombre, y comenzamos el descenso, agarrándonos fuertemente de los salientes de las rocas calizas que le daban acceso.

Ya en el fondo de la escotadura, se abría la entrada formando un prolongado arco irregular y de muy corto radio, por lo cual, arrastrándose, había que pasar para entrar en la caverna, Delante iba Marcelino con una lámpara de seguridad, alumbrando las sombras de la galería, amplia, alta, cuajada a poco trecho y hacia su interior de estalactitas y estalagmitas, por alguna de cuyas orfebrerías aún caía pausada la gota de agua fría y cristalina. El piso, de una tierra polvorienta y roja, lleno de pequeñas espinas de zarzas y ayúas, denotaba su formación por arrastre de la superficie de la loma merced a las lluvias; y antes, acaso a alguna otra causa que no nos atrevíamos entonces a dar por segura. A poco andar, el nivel descendió en ángulo recto como cincuenta centímetros, y empezamos a encontrar ramas y hojas de árboles que se hacía polvo bajo nuestras pisadas.

La altura de la comba debía pasar de siete metros, y hacia el Oeste iba bajando hasta formar una como ojiva irregular que hizo detener al guía. Nos mandó a detener y desapareció con la linterna en una quebrada. A poco oíamos su voz que nos mandaba a avanzar y bajar por una escalera de maderos toscos que según informes, estaba allí hacía muchos años.

Bajamos como unos tres metros y seguimos andando por un piso ahora formado por el guano de los murciélagos y en parte por una tierra igual al de un salón anterior. Poco más adelante, el *techo* de la caverna ascendió rápidamente como hasta unos doce metros, desaparecieron las filtraciones y las concreciones calizas, y se mostraban en algunas partes y a gran altura, conchas fósiles posiblemente del género arca, como asomándose curiosas a nuestro paso. La galería tenía sobre veinte metros de anchura por diez de largo, y su piso tenía un nivel ligeramente inclinado hacia el Oeste y Norte. En algunos lugares se veían pequeñas eminencias que nos llamaron la atención. Con los machetes, pues no habíamos tenido la precaución de llevar instrumento alguno de

exploración, hicimos algunas excavaciones hallando montones de huesos de pequeños animales, conchas de almejas y ostiones, muelas de grandes cangrejos rotas, y pedazos de barro cocido que parecían haber sido restos de vasijas. La obra humana volvía a estar allí bajo nuestros pies, pero no habíamos previsto el caso y teníamos que contentarnos con su contemplación. Por otra parte, el guía desaparecía de nuevo con la linterna dejándola en la más completa y densa oscuridad, y hubo que abandonar la tarea.



Cueva del Fantasma. Sección.

- a) Bajada que facilita el derrumbe de una galería. b) Entrada a la cueva. c) Primer salón, con depósito de tierras y restos vegetales. d) Segundo salón, con restos de ostras y huesos de animales. e) Tercer salón, con restos y huesos de animales desconocidos, que se continúa al Oeste y que no se terminó de explorar. f) Rocas calizas con agua en algunos salones.

Poco después reapareció. El piso volvía a quebrarse, pero era tal la profundidad que había que bajarla a pulso valiéndose de una larga cuerda que él había traído por precaución, y que nos había servido para medir las proporciones de las galerías en que estábamos. Nos consultó y accedimos a bajar después de él. Peña, más viejo, resolvió quedarse esperándonos, y comenzamos el descenso sujetos a la cuerda y apoyando los pies a los salientes de la roca. Así bajamos como unos doce metros, y hallamos otro plano, ahora solamente cubierto de guano de murciélagos y muy escaso detritus vegetal. Aquí también había conchas, pedazos de carapachos de careyes y tortugas, huesos de

pequeños animales, un fragmento de un gran hueso plano, como el de un frontal, que por lo recio y grueso debió ser de algún animal extinguido. Allí había también restos de almejas y ostiones, pero todo impregnado de un color rojizo, en una condición avanzadísima de destrucción. Más allá, hacia el Norte y el Sur, se veían masas de rocas desprendidas de los techos y paredes, y hundidas en parte en el guano del piso, que se nos antojaron lugares destinados al descanso de los habitantes de la caverna.

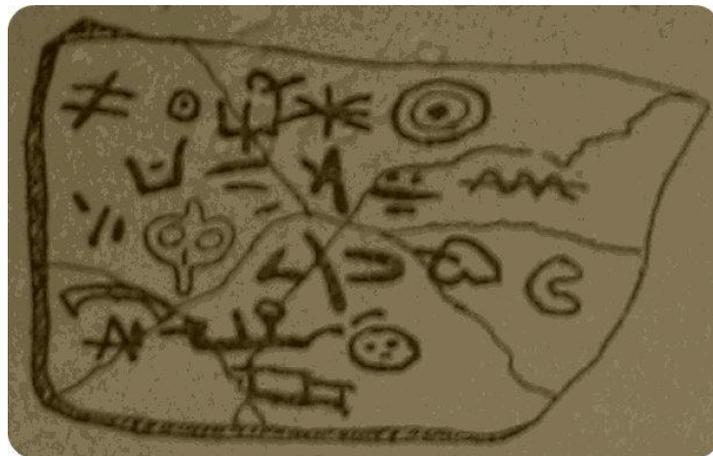
Mientras soñábamos y nos parecía ver a los habitantes del antro sentados o acostados en torno nuestro, Marcelino llegó a otro estrechamiento que hacía la bóveda siempre hacia el Oeste, y se detuvo. Él no había llegado nunca hasta aquel sitio, y tenía temor. Buscó una piedra en torno suyo, y cuando la halló la arrojó dejándola caer en el sentido que fallaba la roca, esperando oír el golpe de su caída. Pero a poco volvía a nuestro lado. Era preciso retroceder. Habíamos visto ya bastante y no parecía prudente aventurarse a bajar por la tercera quebrada del terreno. Según él, la piedra había caído en el agua, a juzgar por el ruido que se había percibido arriba. Cuando nos reunimos con Peña, le hallamos intranquilo por la tardanza en el regreso, y cuando oyó referir a Marcelino el incidente de la piedra, fue de opinión que no permaneciéramos más en la cueva; de una parte por el peligro de un derrumbe, de la otra porque eran cerca de las seis de la tarde y nos alcanzaría la noche antes de llegar al campamento. Salimos pues, y allá atrás se quedó la *Cueva del Fantasma*, en espera del explorador que haya de arrancarle sus secretos.

...

Cueva del Cacique Guanabo

Por Noviembre del año 1895 visitamos la cueva del Rincón de Guanabo, que aún lleva el nombre del cacique sacrificado a la rapacidad de los invasores. Nos servían de guías y prácticos, “Chacho” Zarza y Jesús Ochoa, muertos trágicamente en abril del año siguiente por los españoles. Con ellos hicimos una buena exploración de la cueva, que podía servir de refugio a las expediciones (mambisas) y de albergue seguro a hospitales de sangre; y ya íbamos a regresar cuando Zarza se bajó a recoger algo que le había llamado la atención.

Era un pedazo del manto exterior del molusco que llamamos *bobo* o *guamo*, y había sido labrado en una forma que recordaba el perfil de la proa de una embarcación. Lo iba a tirar a un lado, cuando nos determinamos a examinarlo, quitándole la tierra rojiza de que estaba cubierto. Una serie de signos había grabados en él, que nos llamaron la atención poderosamente, haciendo que la sangre se agolpase a nuestras sienas. Estábamos en presencia de una prueba inequívoca en cuanto a la cultura de los indios exterminados en nombre de la fé y en aras de la codicia. ¡Nuestros indios habían tenido su escritura! Nos guardamos el pedazo de concha, y lo mostramos el día siguiente al doctor, que se quedó pensativo ante el hallazgo. Un hombre de su rectitud y de su capacidad no podía menos que ceder a la realidad. Se empeñó en que lo dejásemos algunos días en su poder, asegurándonos que había despertado en su espíritu hondas dudas, dudas atrevidas que no se aventuraba a exteriorizar, hasta tanto que él las pensara bien. Cedimos, pero a condición de que se nos restituyera el objeto.



Fragmento de concha Strombus con signos

Los signos hallados en la concha del Rincón, no podían ser sino representaciones de ideas; eran por tanto, la escritura del pueblo autóctono de Cuba. Poco más tarde leímos, o mejor, devoramos *Cuba Primitiva* de nuestro sabio Bachiller y Morales, y la sospecha se convirtió en persuasión. Nos fuimos a ver al doctor Bello, pero estaba enfermo en Guanabacoa. Nos urgía el tiempo, pero su señora e hija no podían devolvernos el objeto sin su consentimiento. Lo que pudimos hacer fue tomar un dibujo reducido a la mitad, y guardarlo entre nuestros papeles.

Tal fue nuestra iniciación en esta poética rama de la arqueología. Más adelante, nuestro constante rodar a lo largo de todas las provincias, habría de enriquecer nuestros

conocimientos y darnos la clave de muchos enigmas.

(3) Fragmento del manto de un *Strombus gigas*, con inscripciones grabadas (probablemente signos de escritura) hallados en la cueva del Rincón de Sibarimar o Sibarima, en la costa norte de la provincia de la Habana, próximo a Guanabo.

•••

Como verán los que tengan la paciencia de seguir estas narraciones, hemos tenido en la provincia de Oriente dos nuevas confirmaciones que arraiga en nuestro espíritu la seguridad de que en Cuba floreció también una raza de hombres primitivos, y de que fuera uno de los centros de aparición del hombre americano. Cuando se hayan explorado sistemáticamente las intrincadas cavernas que hay en todas las provincias, los sabios del porvenir se van a hallar en presencia de hechos que han de sorprenderlos profundamente, porque han de invitarlos a una verdadera revolución de sus puntos de vista en cuanto al origen e historia de nuestros aborígenes.

Ya Bachiller y Morales, en su *Cuba Primitiva*, apunta la necesidad de serias exploraciones en las cavernas, citando entre ellas las de *Chepa López*, cuyas gigantescas arquerías a su juicio, deben guardar importantes restos de la industria y del arte de los tainos. Nosotros por nuestra parte, apuntaremos en corroboración de ello, que en todas las provincias hay numerosas cavernas, cuevas, y solapas que fueron habitadas por el hombre, y que permanecen olvidadas de los científicos. Estos recónditos lugares, a nuestro juicio, fueron albergue humano al final del terciario, cuando los trastornos del globo ocasionaron los deshielos; como en los comienzos de la conquista, cuando se desataron las persecuciones de los nativos hasta su exterminio.

Algunas de estas cavernas fueron habitadas constantemente por guacayarimas, que los hubo en Cuba, de común origen con los de Haití, sobre todo en la parte occidental y hacia Guanahacabibes, con lengua casi idéntica y costumbres análogas, aunque habitando una región geográfica distinta por su estructura y naturaleza. Otras lo fueron accidentalmente por cazadores o pescadores en las proximidades del mar, y de ríos y arroyos de buen caudal, quienes dejaron en ellas restos apreciables de cerámica y

lítica, sepultados bajo los detritus acumulados por el curso del tiempo. En muchas de ellas, como hemos comprobado, hay numerosos restos óseos de animales ya extinguidos, y acaso en algunas se hallen petroglifos e inscripciones que nos lleven a la prueba de que ya entre nuestros indios alboreaba el arte de expresar los pensamientos.

No es solamente en las cuevas del Rincón de Guanabo y en la de La Patana de Baracoa, donde se pueden ir a buscar estas pruebas de aquella enigmática cultura. En las cuevas de la sierra de Tapaste, y en las de Banao y Gavilanes en las Villas, hemos visto durante nuestras actividades libertadoras, y no muy lejos de sus entradas, dibujos y grabados en la roca que no deben ser otra cosa sino maneras de expresar el pensamiento y de conservar los hechos de su antiquísima historia. El orden de los signos que hallamos en la cueva del Rincón, y su diversidad, nos prueban que no eran simples motivos ornamentales, sino una forma propia de expresar ideas, que no era todavía del dominio de los más, sino que estaba reservado a contadísimas personas, por tal razón consideradas como una representación de la Divinidad.

La identidad de algunos de estos signos con otros hallados en obras de cerámica de todas las provincias, nos parece una demostración de este juicio nuestro. Ciertas rayas en piedras que se conservan en el Museo Bacardí, de Santiago de Cuba, son análogas en trazado y dirección a algunas de las que hallamos en el Rincón, y algunas de las que halló Harrington en las cuevas de Baracoa, son idénticas, añadiéndose algunas formas más que no hemos hallado en ningún otro objeto.

*Tomado de la *Revista de Arqueología*
La Habana, 1938-1939



BIBLIOTECA DIGITAL CUBANA